

EL HOMBRE Y LA MAQUINA

Jacobó Garnerin y su paracaídas

Por MANUEL G. DE ALEDC, Capitán de la Escala del Aire.

La Historia de la Aviación posee acaso el cúmulo de empresas más hazañosas realizadas en el menor lapso de tiempo. Las leyendas mitológicas (Icaro, Dédalo, Arquitas de Tarento, los precursores; Leonardo a la cabeza) hubieron de desembocar, en torrencera natural, en una serie de experiencias y aventuras, a cual más arriesgada y hermosa, como en competida pugna de osadía y lirismo, de audacia y poesía. Y, sin embargo, entre todas esas páginas mágicas hay una que ocupa lugar preeminente: nos referimos al rasgo de Jacobo Garnerin, lanzándose en un artilugio por él llamado "paracaída" desde la barquilla de un globo aerostero, en el que se había elevado hasta los 1.000 metros de altura en un 22 de octubre de 1797. Y no somos nosotros quienes hemos concedido a su acto una primacía estética y heroica en la Historia de la Aeronáutica, sino Wilbur Wright, protagonista, en unión de su hermano Orville, de otra maravillosa aventura aérea: la de volar los primeros en un aeroplano propulsionado por motor. La proeza de Garnerin ya es de por sí digna de todo encomio. Pero si además de esto atendemos a la serie de circunstancias adversas que en aquel día concurrieron, como deseosas de dificultar y, por ende, realzar el acto, hemos de reconocer en Jacobo Garnerin uno de los temples más esforzados de la Humanidad.

Veamos cómo todo hubo de suceder:

Es París y en el Parque de Monceau. Una abigarrada multitud contempla, en riguroso silencio, un silencio espeso que casi puede palparse, los preparativos que ante las mil miradas realiza el aeronauta Garnerin. A éste no le impresiona lo más insignificante, ni siquiera la compacta muchedumbre que gregariamente le circunda, ni siquiera tampoco la descarada atención con que escrutan y analizan sus menores movimientos,

ni el silencio, ese silencio denso que le rodea y en el que se adormece la manifiesta hostilidad con que todo el gentío aguarda su exhibición. Porque ya es punto de saber que el pueblo de París en pleno tilda a Jacobo Garnerin de solemnísimo embaucador y de embustero redomado, y bien a regañadientes se ha avenido a concederle esa mínima confianza que ahora le prestan con su asistencia. Pero no es sólo el pueblo de París quien considera a Jacobo como un farsante embaucador, explotador cínico y desaprensivo de la ingenuidad de los buenos parisinos, sino que son las mismísimas leyes las que le tratan y consideran como tal, habiendo llegado hasta a procesarle por engaño: precisamente el 25 de octubre, tres días pasados, habrá de verse su causa. Debido precisamente a la proximidad de la causa, es por lo que Garnerin ha solicitado permiso para una nueva exhibición, permiso que le ha sido concedido, aunque a regañadientes, por las autoridades, el cual ha dado lugar a la escena que estamos tratando de relatar y ante cuyo anuncio ha acudido todo el pueblo, entre murmuraciones y diatribas, y abrigando seguramente la secreta esperanza de que esta vez no logre escapar de sus manos, justísimamente airadas, aquel charlatán empedernido.

Porque hay que decir que esta misma muchedumbre del Parque de Monceau ya estuvo congregada en el mismo recinto y que estuvo a punto de linchar a Garnerin cuando éste, habiendo anunciado que se lanzaría al espacio desde la barquilla de un globo, les hizo saber que se veía obligado a aplazar su exhibición a consecuencia de los destrozos causados por el público, en su aglomeración, a la envoltura del globo, lo cual hacía necesaria una suspensión del festejo, con el fin de dar tiempo a proceder a aquellas reparaciones y dejarlo, el globo,

en condiciones de elevarse al espacio. El irritable gentío no quiso avenirse a razones: destrozó totalmente el globo, trató de malparar físicamente al aeronauta, que pudo escapar a uña de caballo, y pidió y obtuvo el proceso del mismo por el supuesto delito de engaño. Por todo lo expuesto es por lo que los parisinos han acudido a Monceau, rezongando y aguardando con mal disimulada impaciencia el anhelado momento de lanzarse sobre su desaprensivo compatriota.

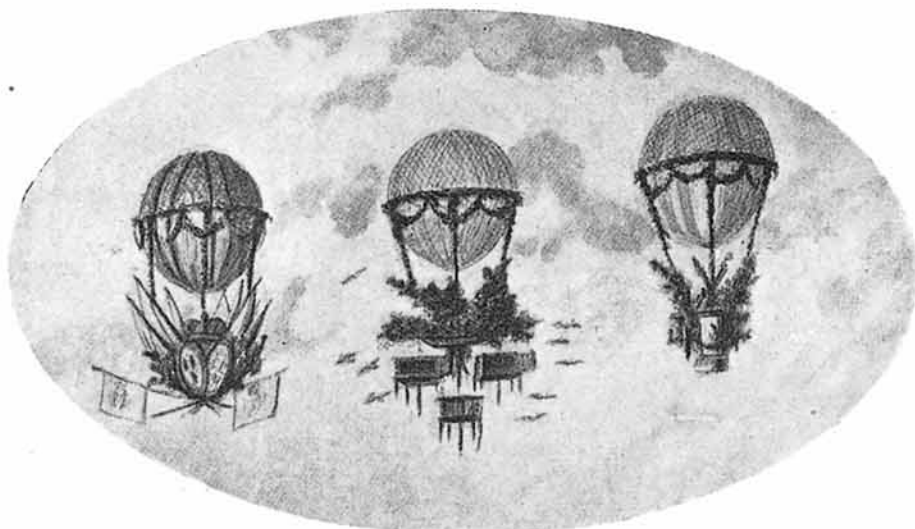
Pero nada de esto deprime ni turba el ánimo del piloto, que despaciosamente retoca y ultima sus preparativos con serena gravedad; y concluidos, Jacobo Garnerin penetra en su frágil barquilla, y a una señal de elegante decisión se mece en su aeróstato ingrávido, libre ...

Subiendo y subiendo Jacobo deja de percibir el conversante rumor que despertara su partida. A medida que asciende aquello se hace más y más pequeño, más y más despreciable. Por más y más que se eleva, el cielo continúa siendo ancho, muy ancho y muy azul. Logrados los 1.000 metros, se asoma a la barquilla. El Parque de Monceau es un punto; París en pleno, apenas algo más; todo cuanto allí abajo se mueve con sus torpes inquietudes permanece inmóvil a su perspectiva; algo así debe de ser, sin duda, la Eternidad. Garnerin escruta una vez más desde su globo. ¿Teme acaso? Sí, teme; pero no vacila. Sabe todo lo que ex-

pone en aquel gesto, pero no duda. Y sin más, Jacobo Garnerin abandona la seguridad cierta de su barquilla para entregarse a la peligrosa hondura del espacio. He aquí el gesto que tanto admirara Wilbur Wright. Reconozcamos la fundada admiración del héroe por el héroe.

El descenso fué triunfal: clamores, vítores, gritos, apretujones y aplausos, todo ello entre sorpresa y admiración por una muchedumbre hipnotizada. Nadie, sin embargo, osaría acercarse al héroe, que cruzó imperturbable, con la misma indiferencia, ante el vocerío acogedor que ante el silencio hostil. El no había realizado aquello por ellos, y ni tan siquiera sintió emoción ante la anulación inmediata de su proceso. Nada de ello había buscado, y sí solamente sentir aquella inédita emoción de su salto prístino. Aquel salto lo era todo para él, y entonces, cuando pendía de los amarrajes de su liviano paracaída, era cuando sentía la emoción y la gloria del espacio, del vacío, del cual era un eterno enamorado.

Jacobo Garnerin recorrió Europa entera asombrando a todos los pueblos y naciones con su arrojo y osadía. Y en aquellos minutos, interminables para el público, vertiginosos para él, que precedían y que jalaban su salto, cuando plenamente se sentía identificado con su máquina, el hombre, el aeroportista Garnerin, sentía el verdadero y, para él, único placer de vivir.



Globos decorados por Garnerin para una fiesta pública en 1815.

(De la Histoire de l'Aéronautique.)